

ocultalit.com

El poema viral de Ben Clark (y sus otros muchos autores)

escrito por Daniel Escandell Montiel

9-11 minutes

Cuando se lanza una idea, una frase (o lo que buenamente sea) al público, una de las mejores cosas que pueden suceder es que funcione, que a la gente le guste y que empiece a popularizarse. Que funcione, sí. Pero cuando algo se hace popular, pasa a ser de todos un poco, y todos vamos perdiendo la noción de quién lo creó. Y llegamos entonces a los proverbios chinos, a las citas falsamente atribuidas y a los memes de internet. También es posible que escribamos unos versos y que estos terminen en las carpetas de los adolescentes (¿alguien sabe si todavía hacen eso o ahora solo decoran los estados del WhatsApp?), si es que tenemos muchísimo éxito. Y si tenemos demasiado éxito (que a algunos afortunados les pasa) nuestro nombre desaparecerá cuando se lo empiecen a enviar unos y otros.

[Ben Clark](#) sabe bien qué es eso, y el suyo es uno de los casos más paradigmáticos que se han podido registrar. Él mismo nos puso en la pista de lo que estaba sucediendo hace unos años, cuando en el [Nou Diari](#) escribía «mi

poema viral ya no es, claro, mío. Esto es algo que suelen decir los poetas sobre sus poemas [...] pero es que en el caso de mi poema viral es estrictamente cierto (no quiero decir literalmente cierto porque aquí la literatura tiene poco que ver): no es mío y no es de nadie, supongo. Quizá sea su propio dueño y tenga vida propia».

El poeta ibicenco estaba viendo cómo un pequeño poema suyo estaba siendo publicado una y otra vez en redes sociales. Aparecía en tuits, en fotos con muchos filtros de Instagram, en pósteres motivacionales y quién sabe si impreso en el tique de algún supermercado. La cuestión es que lo que no salía era su nombre (*eso es algo entendible*), y, de hecho, aparecían los de muchos otros en su lugar (*y eso es algo terrible*).

El artículo de Ben me puso en la pista de un fenómeno que conocía pero que en esta ocasión podría rastrear hasta sus orígenes. El objetivo era reconstruir con mucha certeza cómo había sido posible que Ben Clark desapareciera del exitoso y viral poema de Ben Clark. Un poema que se publica, desde 2011, docenas y docenas de veces cada día en Twitter (y otros espacios de la red), y que en tan solo unas pocas ocasiones de los miles de tuits recolectados ha tenido su nombre. De hecho, todavía hoy, pasado el ecuador del año 2018, sigue sumando testimonios a un ritmo sorprendente. Todos ellos forman parte de un corpus que he tenido la oportunidad de estudiar y analizar. De ese trabajo surgen ahora unas observaciones que tuve la suerte de compartir hace un tiempo en un simposio celebrado en Barcelona, y que próximamente formarán

parte de un extenso estudio sobre este fenómeno.



La cuestión es que el poema viral de Ben Clark lo han publicado abogados diciendo que era suyo, lo han compartido también lectores despistados diciendo que era Mario Benedetti, lo han tuiteado colectivos poéticos (¿después de grafitearlo por ahí o por allá?), y lo han refundido en redes sociales quienes creen que un poema de cuatro versos sobre la escritura es un proverbio chino. También ha habido personas que han despreciado la idea misma de autoría, diciendo que es obra de «cualquier twittero» de esos que andan por el mundo, como el mismo que lo reenvía. Y lo han publicado y retuiteado (y en ocasiones modificado levemente) actrices y diversas celebridades, sin acertar nunca en sus atribuciones o referencias al autor. Por descontado.

Pero ¿cómo van a saber todas esas almas (miles de ellas) quién es el autor si Google no lo sabe? El propio buscador no es capaz de aclararse. La cadena de autoría se rompió hace mucho en este caso, hasta tal punto que si buscamos en el gigante de internet el poema nos costará páginas y

páginas de resultados llegar incluso a una referencia fugaz a Clark. Uno de nuestros objetivos es que esto cambie, aunque tampoco es lo más importante y quién sabe si se trata de una pelea completamente perdida de antemano (cada cual que escoja sus molinos). Cuando la viralidad se ha hecho real, cuando un ítem es ya memético, no tiene sentido intentar ponerle puertas al campo. Eso sí, dejar alguna señal para indicar el camino a quienes están perdidos está bien.

En el corpus que hemos formado (con varios miles de testimonios diferentes, sin incluir los retuits) hemos podido identificar algunas variaciones muy curiosas que son resultado del proceso de apropiación semionántica que se lleva a cabo, algo de lo que nos habló Bourriaud (2002). Muchas variaciones son simples estructuralmente y se limitan a la introducción de errores ortográficos, cambios en la puntuación y alguna palabra sustituyendo a otra. Otras modificaciones son muy interesantes y suponen inversiones completas del sentido y objetivo del texto poético, sobre todo gracias a adendas o supresiones.

El texto original de Clark es el poema titulado «El fin último de la (mala) poesía» y se publicó en *La mezcla confusa* (2011), que ganó el VII Premio Nacional de poesía joven Félix Grande. El poema dice: «Tú lees porque piensas que te escribo. / Eso es algo entendible. // Yo escribo porque pienso que me lees. / Y eso es algo terrible», pero parece que a algunas personas las valoraciones de Ben les estropean el poema, por lo que es mejor eliminarlas y añadir emoticonos de corazones: «TU LEES PORQUE

PIENSAS QUE TE ESCRIBO... YO ESCRIBO PORQUE PIENSO QUE ME LEES... ❤️ ». Otros, en cambio, prefieren añadir comentarios: «Tú lees porque piensas que te escribo! (Aceptable) / Yo escribo porque pienso que me lees! (Terrible)». Y hay quien le da una vuelta muy tuitera al asunto: «Tú lees porque piensas que te escribo, eso es algo entendible. Yo escribo porque tengo Twitter abierto a esta hora, y eso es algo terrible».



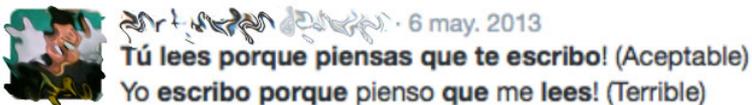
Yo escribo porque pienso que me lees.
Y eso es algo TERRIBLE.

4 retweets 10 likes

Ben Clark han retwitteado



1 retweet 3 likes



1 retweet 1 like



1 retweet 1 like

Se trata de intervenciones y apropiaciones que forman parte de la tradición de las escrituras no creativas enunciadas por Goldsmith (2011). Sobre todo, reflejan la capacidad del poema viral para trascender las ataduras de la *auctoritas* y del respeto a la *editio princeps* que supone el libro de 2011. Como decíamos antes, todavía en 2018

siguen publicándose cantidades ingentes de variaciones del poema, que sigue siendo de todo el mundo porque para eso es popular (y proverbio ebusitano, supondremos).

En su vida (propia) en Twitter, y también en Instagram, Pinterest y otras redes, el poema ha encontrado amores interesantes que han ido dejando pistas del *camino* digital que ha recorrido. El salto a la red parece originarse en América con las primeras fotos a la página del libro compartidas en comunidades en línea. Se trata de un testimonio visual de alguien que lee el libro y decide compartir el texto con una comunidad lectora a través de foros. La foto se publica al poco de publicarse el libro en España y está descontextualizada, sin dar a los receptores más pistas para localizar el texto, identificar el libro y poner nombre al autor. Y la foto, así, empieza a tener recorrido en la red. La bola echa a andar y pronto llegan las republicaciones masivas; unas con el texto sin firma; otras, con falsas atribuciones o apropiaciones completas. De este modo, los referentes de la autoría se desintegran y la percepción sobre la misma se debilita irremediabilmente.

Es así como la mano de Ben Clark tras el poema va quedando solapada tras cantidades ingentes de datos, de mensajes, de imágenes y de pequeñas variaciones textuales que generan metadatos masivamente. Tantos que cubren por completo al propio Ben y este es sustituido por un fantasma, una entidad espectral difusa sin capacidad de reconquistar sus versos, aplastado por la información incompleta o errónea.

Si es verdad eso de que en el mundo actual si algo no está en internet es que no existe, lo que podemos asegurar es que el poema viral es muy real. Lo que quizá no tenga existencia probada es que sea parte de un libro de Ben Clark, porque en todos estos años los testimonios que han mencionado al poeta en relación con el texto han sido escasos. Tanto que podemos contarlos con los dedos. Y en la mayoría de los casos han sido no solo personas muy autorizadas en el mundo literario, sino también grandes conocedores de la trayectoria de Ben.

No sabemos si el autor considera a este texto como viral, por su difusión, o porque es una suerte de enfermedad. Lo cierto es que tiene algo que hace que llegue a mucho público y, más aun, que se haya dicho que es creación de autores mexicanos, españoles, uruguayos, argentinos, chilenos y colombianos de gran prestigio (y casi todos del siglo XX). También es posible que haya quien se lo haya atribuido a Mr. Wonderful y que forme ya parte de abundante *merchandising* y que en la torre de marfil no nos hayamos enterado.

Sea como fuere, está vivo. «Quizá sea su propio dueño y tenga vida propia», reflexionaba Ben. Quizá nos siga mandando postales en sus constantes vueltas por todo el mundo 2.0 y su viaje siga perpetuándolo durante muchos años hasta que se encuentre, de nuevo, con su Ítaca autoral. Porque si algo hemos visto es que no hay medicina útil cuando tu poema se hace viral (ya saben, como con las superbacterias que rellenan titulares en la prensa veraniega).

BIBLIOGRAFÍA

Clark, Ben, *La mezcla confusa*, San Sebastián de los Reyes, Universidad Popular José Hierro, 2011.

Bourriaud, Nicolas, *Postproduction: Culture as Screenplay: How Art Reprograms the World*, Nueva York, Lukas & Sternberg, 2002.

Goldsmith, Kenneth, *Uncreative Writing. Managing Language in the Digital Age*, Nueva York, Columbia University Press, 2011.

Si te gusta nuestro contenido, puedes suscribirte y recibir en tu casa cada cuatro meses la edición física de la revista. Más información

[en nuestra tienda](#)

.